TRES ARTÍCULOS NO RECOGIDOS DE ARMANDO PALACIO VALDÉS, 1875-1906

Recientemente, he publicado textos de Armando Palacio Valdés recogidos de revistas asturianas (1878-1881) y de *El Día* (1880-1881).[1] Ahora quiero ofrecer a los investigadores los textos de tres artículos más del escritor asturiano.

En el primer artículo, "El tema del tiempo" (*El Imparcial*, 2-VI-1875), el joven Palacio ofrece sus comentarios sobre la última temporada teatral. Distanciándose del "público de cuello alto y de facultades críticas más altas aún", Palacio Valdés alaba el entusiasmo del público ingenuo —el mismo que acogió los dramas de Calderón, Shakesperare y Molière— que ha recibido con grandes aplausos el *Don Álvaro* del duque de Rivas. Declarándose fuerte partidario de la "tendencia realista que hoy manifiesta toda la literatura", Palacio pide un teatro que trate con sentimiento e imaginación la miseria humana y el abandono de "esos aristocráticos adulterios en tres actos, desenvueltos muy correctamente en sala lujosamente amueblada con puerta al foro y otras laterales".

---

[1] Ver. **Dendle, Brian J**. *Ocho artículos no recogidos de Armando Palacio Valdés publicados en revistas asturianas, 1878-1881 // Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos* 147 (1996) 119-41; y **Dendle, Brian J**. *Los artículos no recogidos de Armando Palacio Valdés en* El Día *1880-1881 // Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo* 72 (1996) 199-237.

En su segundo artículo, publicado en *La Época* (17-III-1884), Palacio Valdés examina de manera inteligente y atinada las razones del fracaso del drama de Eugenio Sellés, *Las vengadoras*. Sellés ha pintado "caracteres verdaderos, hijos de la realidad" y ha dado a su drama "un desenvolvimiento sencillo y natural"; el público español, sin embargo, que acepta el realismo en la novela, pide en el teatro "emociones fuertes, pasiones elevadas... frases pomposas, rasgos inauditos y puñaladas".

En el tercer artículo, "La novela en América", publicado en la *Revista de la Unión Ibero-Americana* (1-III-1906), Palacio Valdés ruega a sus colegas americanos que abandonen su "sumisión incondicional" al modelo francés: "Tanto más cuanto que estoy persuadido a que la literatura francesa desaparecidos ya algunos maestros, se encuentra en un período de visible decadencia; se conserva por imitación, por impulso adquirido, pero sin sabia..."

BRIAN J. DENDLE
University of Kentucky

EL TEMA DEL TIEMPO

En un solo artículo, y breve como lo exige la condición de esta hoja literaria, no es posible juzgar la serie de obras dramáticas que los autores españoles (los poetas suelen tomar poca parte en estos asuntos) han tenido a bien ofrecernos en la última temporada; más quizás lo sea el emitir algunas consideraciones tan desconocidas como fundamentales sobre el conjunto de todas ellas. Voy a probarlo.

Nada hay más fácil que generalizar. Por eso es tan peligroso. Digo esto, porque me siento ahora fuertemente inclinado a manifestar al respetable público que el teatro español ha seguido en la última temporada tal o cual tendencia y que esta tendencia no puede ser más perniciosa, o no puede ser más benéfica, y que los poetas harían muy bien, o muy mal, en seguirla o no seguirla. Esto se llama en términos técnicos cortar y rajar, y no se conoce hasta el día nada mejor para escribir un artículo y llegar temprano al paseo. ¡Mas ¡ay! qué peso en la conciencia y qué amargura en la boca deja un artículo de esta clase! Sin acarrear precisamente grandes trastornos a la propiedad y a la familia, en suma esta esfera produce efectos desastrosos. Hay gente (¡para qué no hay gente en España!) que acoge a uno de estos artículos como a una gloriosa enseña y abrazada a él niega, con la entereza de los mártires, todo mérito a tal o cual género literario, padeciendo por este motivo en muchas ocasiones persecución de sus amigos. Y no obstante, a pesar de su actitud enérgica y de cuantas medidas represivas se toman contra ellos, los géneros literarios, sordos a las sentidas quejas de la crítica, continúan propagándose, cual si creyesen tener derecho desde el instante en que nacen a un cubierto en el banquete de la vida. Así que, el fundado temor por una parte de no encontrar eco ninguno entre los géneros literarios, que son, como todo el mundo sabe asaz tercos y díscolos, y por otra, el no haber logrado hacerme cargo por entero de la verdadera tendencia que el teatro sigue en estos momentos, me detienen en la fatal pendiente de las generalizaciones.

Por lo que pude observar, el teatro en la última temporada dramática no ha seguido en realidad una sola tendencia, sino que se la ha arreglado bastante bien para seguir unas cuantas, como esos aventajados jóvenes que en el corto espa-

cio de la tarde logran perseguir a sus mismas casas a media docena de niñas preciosas. Dentro del realismo francés, aunque con sentido más elevado y forma más pura de lo que se acostumbra en la nación vecina, ha brillado en nuestra escena por mas de sesenta noches *El Nudo gordiano* de Eugenio Sellés. Al mismo tiempo, el romanticismo del año 36 ha logrado una gloriosa interpretación en el último drama del Sr. Echegaray (D. José) titulado *En el seno de la muerte*, y otra bastante bella en *Cruz y corona*, primera producción del Sr. Cabiedes. El género cómico viene seguido de tan cerca en el teatro de la Comedia por los Sres. Ramón Carrión, Echegaray, Santivañes, Sánchez de Castro y algunos otros.

Se ve, pues, que no es fácil empeño el averiguar cuáles son ahora las preferencias del teatro; mas como existen pocas cosas capaces de resistir a un estudio serio y detenido, después de haber estudiado largamente el tema, he llegado a averiguar que el moderno teatro español tiene una pasión que, no por ocultarse con artificios hipócritas, es menos decidida y violenta. El teatro español, sépalo Europa, ama con delirio cierto asunto y lo prefiere desde hace algún tiempo a todos los demás por hermosos que sean. Cual sea este asunto, no lo diré hasta la terminación del artículo, a fin de que los que sientan escrúpulos, o repugnen el conocerlo, no pasen más adelante. ¿Pero cómo es que ese desdichado ha contraído una inclinación tan fatal? preguntarán tal vez los que tienen costumbre de preguntar estas cosas.

Lo que sí puedo decir es que el teatro ha ido arrojando de sí todos los asuntos, como esos saltimbanquis que de pie sobre el caballo van despojándose de una multitud de trajes que llevan encima, hasta que se quedan poco menos que desnudos. Pero una vez desnudos, no concluyen jamás de dar brincos y hacer piruetas sobre el estrecho perímetro de la silla, lo mismo que el teatro. El tema es a tal punto inagotable, que no importa que las obras guarden entre sí una gran semejanza, pues siempre encuentran público dispuestos a celebrarlas. Público, si; un público que también se parece siempre, porque siempre es el mismo; un público de cuello alto y de facultades críticas más altas aún, para el cual debía estereotiparse una poesía, con el fin de que pudiera disfrutar el honesto placer de aplaudir siempre los mismo.

Ya no se ven en el teatro esos rostros atezados y expresivos, de ojos centelleantes y profundos que devoraban en otro tiempo la escena desde los sitios más elevados, sin distraerse un instante para hablar del *sport* o de la Micaela. La opaca blusa del bracero ya no quiebra el brillo de las luces, y su callosa mano no atruena tampoco nuestros oídos. Los hombres cultos hemos conseguido desterrarlos de nuestros refinados espectáculos relegándolos a las obscenidades de ciertos recintos que no merecen el nombre de teatros y a las brutalidades de la Plaza de Toros. Ya podemos estar tranquilos los hombres cultos.

Mas aquellos hombre que no son cultos, al ser anunciado en los carteles este invierno que el *Don Álvaro* del inmortal duque de Rivas volvía de nuevo a presentarse en la escena, acudieron presurosos al llamamiento, seguros de encontrar solaz para su oído y paz para su alma. Yo los vi allá en lo alto, mientras a mi lado decía una barba recortada que todo aquello era inverosímil, extremecerse y rugir como los bosques agitados por el huracán y lanzar sobre nuestras cabezas tempestades de aplausos que iban a despertar al buen duque en su tumba, haciéndole sonreir con noble orgullo. Razón tenía el duque para sonreír. Le aplaudía el público que aplaudió a Calderón, a Shakespeare y a Molière; el público que no tiene el sentimiento acorazado con preceptos retóricos y abre ingenuamente su espíritu a la voz del poeta. Se equivoca alguna vez, pero muchas menos que los cuellos altos y las barbas recortadas. Ese público no ha ido al Ateneo a celebrar todas y cada una de las poesías que este invierno se leyeron. Mas aún; seguro estoy de que si algunos de los preclaros poetas del invierno hubiesen leído, antes de llevarlas al Ateneo, ciertas composiciones a su cocinera, como cuentan que hacía el gran Molière, aquella sensata persona no dejaría de aconsejarles prudentemente que las tuviesen quietas en su cartera, sino que las rasgaran.

El Sr. Echegaray —dicho sea esto para toda la honra y prez que yo le puedo dar —ha sido el único que, perdiendo el miedo a la retórica putrefacta de los últimos tiempos, cortó algunas de sus ligaduras al teatro; pero el Sr. Echegaray, sobre ir demasiado lejos en su empeño de resucitar el viejo romanticismo, ha pagado tributo con más fervor que nadie al tema predilecto del teatro. Considero insensato el oponerse a

la tendencia realista que hoy manifiesta toda la literatura. Es una de tantas evoluciones como ha sufrido, y debemos recibirla con amor y aceptarla sin prevenciones. Pero semejante tendencia no ha de servir, yo al menos lo entiendo así, para cercar y acorralar a nuestro teatro en más estrechos límites todavía. Después de haberlo encerrado en casa, me parece una verdadera crueldad aprisionarlo en la alcoba. Afortunadamente la realidad se compone de algo más que de adulterios (¡ya lo he dicho!) y sería muy conveniente para todos que fuese la mayor cantidad posible de ella a la escena. Sé muy bien que el temor a la crítica embaraza los movimientos del artísta, privándonos tal vez de muchas y originales bellezas; mas si el artista escuchara mis desinteresados consejos, seguro es que no le embarazaría poco ni mucho. En mi entender, es muy preferible que el crítico tropiece con muchos defectos en una obra, a que el público no encuentre ninguna belleza.

Es grande atrevimiento, lo confieso, pero ya que he pasado por atrevido bastantes veces en mi vida, no quiero desperdiciar la ocasión de pasar una vez más, señalando a los poetas dramáticos una parte de la realidad abandonada casi totalmente en sus obras, a fin de que arrojen sobre ella una mirada compasiva. Pueden despreciar mi consejo si gustan, aunque se lo dé un hombre que no se ha frotado jamás las manos presenciando una silba.

La realidad abandonada es la triste realidad de la miseria. La miseria tiene también sus dramas, más grandes, más desgarradores que los de la opulencia. Nuestros poetas, al buscar los suyos, se detienen en el piso principal. ¡Ay, qué mal hacen! En el piso principal todos los personajes visten el uniforme que la educación les ha dado. Si subieran alguna vez a la guardilla, no a la guardilla bienaventurada de los novelistas por entregas, sino a la guardilla terrenal, verían cuan fácil es hallar un tema interesante. Allí cada persona viste el uniforme que la naturaleza le dio; allí la imaginación y el sentimiento tienen más poder porque se alimentan a expensas de la cultura intelectual; allí las pasiones son más viles y más nobles; allí los personajes son rara vez muñecos.

Alguna vez, al subir a casa de un amigo, encuentro a un hombre que baja con los cabellos en desorden, las manos tré-

mulas y las mejillas inflamadas por la ira. Al pasar me lanza con sus ojos chispeantes una mirada de desprecio que me llega al fondo del alma. Otra vez es una joven llorosa que baja apresuradamente y pasa sin mirarme. Otra, es un anciano pálido y afilado, de ojos vidriosos que a menudo detiene su paso vacilante para agarrarse con ambas manos a la barandilla y mirar con terror hacia atrás. ¿De dónde vienen estos personajes? —De un miserable escenario donde se acaba de representar un drama. —¿Y por qué no van estos dramas a teatro? —Porque los autores dramáticos ¡quién lo diría! tienen miedo a los cuellos altos y a las barbas retocadas.

Os he señalado, poetas, esta parte de la realidad, porque es la única que en este momento se ha ofrecido a mi espíritu. Vosotros, para quien la creación entera abre sus tesoros más preciados y sus misterios inefables, tenéis la obligación de penetrar en ella y mostrárnosla a la luz de nuestra inspiración.

De todas suertes ¡oh poetas! os pedimos por Dios que nos saquéis alguna vez de esos aristocráticos adulterios en tres actos, desenvueltos muy correctamente en sala lujosamente amueblada con puerta al foro y otras laterales.

Si así lo hiciéseis, que Dios os lo premie, y si no que os lo demande.

ARMANDO PALACIO VALDÉS
(*El Imparcial*, 2-VI-1875)

ACERCA DE *LAS VENGADORAS*

Sr. D. Eugenio Sellés:

Mi distinguido amigo: Aunque hace algún tiempo que no profeso la crítica literaria, debido a lo cual voy perdiendo poco a poco la opinión de envidioso y malévolo que honradamente me había ganado, no puedo resistir la tentación de consagrar a su última obra dramática algunas palabras confidenciales, ya que no una verdadera revista crítica; es bueno de vez en cuando cerciorarse de que aún conserva uno su juicio, bueno o malo.

He asistido al estreno de *Las vengadoras*, y he visto que aquella noche no acertó V. a dar gusto al público congregado en el Teatro de la Comedia para juzgarle y sentenciarle.

Desde que levantaron el telón pudo usted convencerse, si hubiese mirado por algún agujero de la decoración, que no tenía V. al tribunal en su favor. Todos estábamos circunspectos, y ceñudos y un sí es no es torcidos, como conviene a quien va a entender de un grave atentado contra la sana moral; todos íbamos revestidos con toga y birrete invisibles. Hasta una rubia crítica, que asiste a todos los estrenos y le gusta alentar a los autores jóvenes, mostraba cierta reserva de mal agüero.

Y sucedió lo que todos esperábamos: no sólo se rechazó la obra en su totalidad, sino que a pesar del interés vivo que algunas escenas despertaron y de la risa que produjo toda la parte cómica, tan pronto como se iniciaba un aplauso, el chicheo severo de los magistrados de la crítica venía a sofocarlo.

¿Por qué? ¿Atacaba V. en ella el dogma o la moral? Tan lejos de eso, su obra es una lección saludable para los que buscan la felicidad fuera de los brazos de una esposa y del cariño de sus hijos. ¿Atacaba V. el pudor como se ataca en *La salsa de Aniceta* y en otras muchas obras representadas con aplauso en el teatro de la Comedia? Tampoco: no hay en su drama ninguna frase que no se repita a cada instante entre las personas cultas. ¿Qué es lo que V. atacaba entonces? El *hábito*, amigo mío, el *hábito*. No hay ataque más difícil de perdonar.

Usted, por lo visto, ha tomado al pie de la letra aquello que Tamayo ha dicho del Teatro y que Cañete repitió no hace muchos días en el Ateneo; que no debe ser *espejo* de las costumbres. "Ya que es así, se habrá usted dicho, voy a pintar y a combatir al propio tiempo una muy perniciosa que se está introduciendo a toda prisa entre nosotros; la de las señoras falsificadas, que tanto han dado de decir en Francia." En mal hora lo puso V. por obra. No estábamos acostumbrados a ver esas cosas más que en francés o en italiano. Usted podrá decirnos: "Si Vds. aplauden esas pinturas en francés, ¿por qué no se escandalizan de ellas en español? Si Vds. se divierten con los chistes asquerosos de *¿Divorçons?* ¿por qué rechazan los míos que son más cultos?" La única explicación satisfactoria que podría darse es que una gran parte de los espectadores no entienden ni el francés ni el italiano, o lo que es igual, que asisten a las representaciones en calidad de sacos de arroz; pero esto no es verosímil en un público tan ilustrado como el de la Comedia.

Había un medio de hacerse aplaudir indefectiblemente. Si V. en vez de pintar caracteres verdaderos, hijos de la realidad, y en vez de dar a su drama un desenvolvimiento sencillo y natural, hubiese pintado seres monstruosamente malos o angelicalmente buenos, como hacen los Sres. Cano y Pérez Escrich, y hubiese complicado la acción a tal punto que no parasen de entrar y salir los personajes en toda la noche, ganaría usted de fijo honra y dinero. Vamos a ver: ¿por qué no ha metido V. su traidor correspondiente en el drama? Con mucha facilidad pudo V. hacer que el general se enamorase perdidamente de Teresa y le armase una muy divertida serie de zancadillas a Luis, hasta que consiguiese arruinarlo. En la realidad los hombres se arruinan por sí mismos, pero en el teatro es necesario que haya alguno que tenga la culpa de todo. Después de arruinado, si V. hubiese hecho salir a los hijos muertos de hambre y pidiendo pan, escucharía V. muchos aplausos. El sacar a escena una niña pidiendo pan, es de efecto seguro.

Además del traidor, y como formando juego con él, debía de haber otro personaje encargado de desbaratar sus inicuos planes, o sea el brazo de la Providencia que castiga siempre al culpable y recompensa a la inocencia. Este personaje podía muy bien ser lord Raymond, por su posición desahogada. Si éste en el tercer acto arroja un puñado de billetes de Banco al rostro del general, diciendo: "Yo salvaré a mi amigo Luis de la deshonra, y a su familia de la miseria," el público hubiera sabido recompensar este arranque de generosidad. Y si V. hace que el general rasgue pérfidamente los billetes y lord Raymond saque acto continuo otro paquete mucho mayor, entonces el entusiasmo hubiera rayado en delirio y le hubieran sacado a escena entre aplausos atronadores, como sacaron al autor de *La Pasionaria*, por un rasgo felicísimo de ingenio, muy semejante a éste.

He visto que llaman a V. naturalista. Ríase usted de apodos. Mucho antes que sonara la palabra *naturalismo* en España, ya era V. un autor ilustre y aplaudido. Si el naturalismo consiste en amar la verdad y la naturaleza, Shakespeare, el autor dramático por excelencia (y el que ha hablado más crudamente en el teatro), ha sido naturalista. Si significa lo que una escuela, que hace mucho ruido en Francia, predica (con hasta exageración por cierto), V. vale

demasiado para someter una inspiración a dogmas literarios que son casi siempre ridículos y enfadosos.

He visto también con sorpresa que mi querido amigo Jacinto Picón, que acaba de hacer en el Ateneo afirmaciones tan exactas y valientes acerca del teatro, sosteniendo que el autor no debe de hacer comedias de comedias y dramas de dramas, sino tomando caracteres y situaciones del natural, rechaza su obra, entre otras cosas, porque el amor de Luis no es un amor grande y artístico, sino una pura pasión carnal. No iría más allá el romántico más melenudo y calenturiento. De mil casos de adulterio, habrá uno tal vez en que existe entre los adúlteros un amor grande y elevado: los 999 restantes son productos de pasiones carnales. Copie usted del natural ahora.

¿Quiere V. saber mi opinión sincera acerca de *Las vengadores*? Voy a decírsela crudamente, porque sé que V. no se enfada con los amigos cuando no le aplauden incondicionalmente. No me satisface. Y no deja de gustarme porque sea falsa (que no lo es), ni porque sea inmoral (que tampoco lo es), ni porque pasan ciertas escenas en el *foyer* del teatro Real (que bien puede pasar), ni por tantas razones como han esgrimido contra su drama los periódicos. No me gusta, porque el asunto está muy manoseado y presentado además con poca originalidad.

El adulterio del uno o del otro cónyuge es el tema que en el decurso de este siglo ha inspirado tal vez las dos terceras partes de las obras dramáticas nacionales y extranjeras. En la de V. hay la novedad (para el teatro español, se entiende) de que el adúltero se enamora de una mujer *pública* en vez de una mujer *privada*. Esto no basta para dar interés al drama, porque el resultado es idéntico: celos, recriminaciones, obstinación y catástrofe. Para que su obra fuese realmente bella, era necesario que V. la marcase con el sello de su inspiración, de las altas cualidades que todos le reconoceremos, como han hecho y hacen los grandes artistas, hasta los más naturalistas, con sus obras maestras. De esta suerte los productos del igenio tienen una fisonomía como las personas y viven y se recuerdan perdurablemente. El desenvolvimiento de *Las vengadoras* no tiene atractivo, es vulgar y pálido; no ha copiado V. la realidad como los grandes pintores, dejando en la copia, por exacta que sea, una parte de su alma, sino al modo mecánico y frío de la fotografía.

Mas aunque juzgue que no es la suya una obra maestra, estoy muy lejos de suponer que merece el desprecio con que el público de la Comedia quiso recibirla la noche de su estreno. Hay en ella elementos muy valiosos; el primer acto es un cuadro interesantísimo, picante, lleno de gracia, digno de Dumas o de Sardou; en los otros dos, aunque muy inferiores, a mi juicio, hay también escenas muy reales y muy brillantes. En suma, no es sensato rechazar su drama con desdén, como hacía un señorito muy moral que estaba detrás de mí, el cual expresaba el desprecio que por V. sentía dando con los honrados tacones de sus botas en el suelo. Sobre todo, si se compara *Las vengadoras* con algunas producciones dramáticas que aquí han gustado mucho al vulgo, no digamos público, pasa a la categoría de obra portentosa. El público que ha tragado los caracteres, las situaciones y los versos de *La pasionaria*, puede ya tragar aunque sea estopas encendidas.

Una observación para terminar. La tarea que V. ha emprendido de enderezar el teatro por los caminos de la verdad, es muy plausible y merece que todos le ayuden a darle feliz remate; pero temo que sean estériles sus trabajos. La novela romántica en España no ha conseguido jamás echar raíces como en Francia y en Inglaterra; aquí no hemos tenido ningún vizconde de Alincourt [sic], ni Walter Scott; todos nuestros antiguos novelistas, Rodrigo de Cota, Hurtado de Mendoza, Mateo Alemán, Cervantes, Espinel, Vélez de Guevara, Quevedo, López de Ubeda, Francisco Santos, Isla y doña María de Zayas, han sido realistas; los que actualmente cultivan las novelas, Galdós, Valera, Pereda, Alarcón, Pardo Bazán, Ortega Munilla, Picón, Navarrete y el oscuro soldado de esa milicia que le envía estos renglones, siguen las huellas de aquéllos. En el teatro sucede lo contrario: el fuego que animó a Calderón y Lope corre aún por las venas del público que asiste al teatro en España; quiere emociones fuertes, pasiones elevadas, como las que exige mi amigo Picón; frases pomposas, rasgos inauditos y puñaladas. Por eso los esfuerzos saludables de Moratín, que por un instante lograron reformar el modo de ser de la escena española, fueron borrados, hasta no quedar rastro, por el torrente romántico de los años treinta al cuarenta. Así se explica que Echegaray se hubiera apoderado como señor absoluto del teatro en la última década, arrastrando al público por donde

bien se le antojaba y haciendo olvidar casi por completo los primores de Ventura de la Vega, Tamayo y Ayala.

Esta es la pura lisa verdad, amigo Sellés. Si usted tiene valor para intentar como Moratín, una reforma contraria al gusto del público, hágalo en buen hora; digna empresa es para su gran talento. Nosotros en la sala del teatro y en la prensa pelearemos a su lado, bien lo sabe. Si V. sucumbe será gloriosamente. Vale más morir abrazado a la verdad que triunfar con la mentira.

Suyo afectísimo,

ARMANDO PALACIO VALDÉS
(*La Época*, 17-III-1884)

LA NOVELA EN AMÉRICA

No les pediría, en verdad, a mis buenos amigos y compañeros ilustres los noveladores de la América latina que escribiesen novelas semejantes a la *Atala* y *Los Natchez*. Aquellos salvajes sensibles, delicados, románticos, pasaron para no volver. Pero han cumplido su destino: distrajeron las penas, enternecieron el corazón, recrearon la fantasía de tres generaciones. A estos salvajes debo las horas más dulces de mi adolescencia. Todavía al evocar aquella marcha de las piraguas resbalando por el río en una noche de luna, seguidas de algunas parejas enamoradas que nadaban estrechándose las manos, siento el corazón latir como si hubiese vivido realmente el hermoso sueño de Chateuabriand. ¡Ay! Dentro de cien años, ¿qué corazón latirá al recuerdo de nuestras profundas, experimentales, patológicas y quirúrgicas producciones?

No les pediría tampoco que nos llevasen a sus selvas vírgenes, a sus desiertos temerosos, y nos describiesen uno por uno los individuos del reino vegetal y animal que allí nacen, se desarrollan y mueren. Desde que leí algunas novelas odio la fauna y hasta la flora de aquellos países. Tampoco les invito a que afecten el temperamento de los hombres primitivos habitadores de los bosques, ni a que rujan como el león, latan como el chacal o silben como la serpiente de cascabel. Esto no es decente en la actualidad, convenido y debemos mirar por el decoro de la civilización.

Pero si les convidaría a que dejasen de volverse tanto del lado de Francia y pusiesen los ojos en lo que tienen delante. Que no sean hombres sencillos y primitivos bueno está, mas que hayan vuelto tan pronto de todas partes me parece que no se halla en el orden lógico ni en el cronológico. Quisiera hacerles comprender que el escritor ideal no es el señorito pálido con su pizca de melena, que bebe ajenjo bajo el toldo de los cafés del boulevard parisién; que se puede escribir bastante bien teniendo las mejillas frescas y coloradas y los cabellos al rape y hasta sin ser del todo perverso.

No es que reniegue de la civilización francesa ni de sus grandes escritores. De lo que reniego es de que nos den por oro todo lo que reluce. Cuando un país, merced a circunstancias históricas ajenas al movimiento artístico, logra distinguirse entre los demás, sus hombres más adocenados aprovechan tales circunstancias para imponer su nombre, sus obras y hasta sus caprichos y preferencias a las otras naciones. Al lado de escritores eminentes se deslizan en nuestra admiración otros autorcillos abatidos y ramplones. No hay duda que en los últimos tiempos la Francia ha contado con literatos de alto vuelo, lo mismo que Rusia; mas cogidos a los faldones de su levita han traspuesto la frontera otros muchos que debieron quedarse dentro.

Además, siempre me he sentido inclinado a pensar que el mérito de los artistas es mucho más impersonal de lo que parece. No puedo resignarme a convenir en que por obra y gracia de la naturaleza únicamente surjan en el transcurso de ochenta años y en un rincón del planeta como Grecia algunos centenares de escultores de primer orden, y en dos mil y cuatrocientos años luego no aparezca en la tierra ninguno que pueda igualarlos. Se concibe que un hombre de genio nazca sin razón ni precedente en cualquier tiempo y lugar; pero doscientos genios, ¿por qué? ¿Por qué en la segunda mitad del siglo XIX vieron la luz en Francia muchos más escritores de talento que en todo el continente americano desde el estrecho de Bering al Cabo de Hornos? Imagino más fácil suponer que la próvida naturaleza, dentro de la misma raza, distribuye sus dones con equidad. Y así como no nacen más mujeres hermosas en Francia que en Méjico y la Argentina, tampoco nacen más hombres de ingenio. El secreto del desarrollo del arte está en la *dirección* y en el *ambiente*.

Cuando gracias al esfuerzo de uno o de varios hombres dotados de inspiración se forma en cualquier país una escuela de arte, el impulso del maestro se comunica a los discípulos, vibran en nuestra alma y se ponen en ejercicio facultades que de otra suerte estarían siempre dormidas. Por virtud de este ejercicio algunos discípulos llegan a aproximarse, igualar y aun superar al maestro. En varios de los cuadros que hoy admiramos de Rubens no ha puesto su pincel el insigne maestro, lo cual demuestra hasta qué punto se habían identificado con él sus discípulos. Pues supongamos que entre éstos hay uno sobresaliente que experimenta en su espíritu una ligera desviación, una *declinación* de sus facultades como diría Epicuro: ya tenemos un competidor, ya tenemos otro maestro. Y así sucesivamente. Aristóteles no sería Aristóteles si antes no existiera Platón, aunque tenía tanto talento como él.

Suponiendo, pues, que *nativamente* los franceses son los mismos que nosotros los españoles y americanos, no hay por qué dedicarles la sumisión incondicional que mis queridos colegas de la América latina les dedican. Tanto más cuanto que estoy persuadido a que la literatura francesa, desaparecidos ya algunos maestros, se encuentra en un período de visible decadencia; se conserva por imitación, por impulso adquirido, pero sin savia, buscando por ignotos y falsos derroteros el éxito que no puede ganar siguiendo el camino trillado. No hay señal más patente de decadencia que el deseo inmoderado de originalidad. "Al Arte —como dice bien Federico Nietzsche— nunca se le reconoce mejor que cuando lleva el vestido más usado." Quisiera desengañar a mis queridos colegas de la América, y también a no pocos jóvenes españoles, de esa ilusión que les hace contemplar a los literatos traspirenaicos con la misma profunda veneración con que nuestras damas rinden su albedrío ante los modistas parisienses. Déjense de trajes: busquen el más usado, que es el mejor. Entre los franceses mismos no tributen admiración a esos desdechados engendros de boulevard y cervecería, sino a aquellos maestros del siglo XVIII que se llamaron Diderot, Voltaire, Prevost, esos colosos que, jugando, dejaron escritas novelas como *La Religiosa, Cándido* y *Manon Lescaut*. Allí está el estilo límpido, allí está la mirada penetrante, allí el toque sobrio y seguro, allí la gracia y la vida de los caracteres. No los busquen en la pesadez indigesta, entre el follaje o la

broza de los naturalistas, pero mucho menos en las salmodias que se cantan, o se cantaban no ha mucho en París.

Vino el naturalismo: pasó el naturalismo. Pero el naturalismo ha dejado algunas obras que, aunque desequilibradas y por lo mismo perecederas, poseen una fuerza evidente. ¿Dónde está la fuerza, dónde la enjundia de esas pálidas imitaciones de la infancia del arte gótico? Si la moda naturalista ha durado algunos años, la de ahora, ténganlo por seguro, sólo durará algunos meses.

Aunque el hablar de modas tratándose de arte juzgo que es una verdadera profanación. Los grandes artistas Homero, Esquilo Shakespeare, Cervantes, Dante y Goethe siempre están vestidos a la última.

Volved, pues, los ojos, queridos compañeros, volved los ojos a vuestra propia alma y a vuestro propio suelo. No quiero deciros que dejéis de inspiraros en los grandes modelos. La pretendida independencia literaria es tan absurda como ridícula. Quien afirme que no imita a nadie, o miente, o hay que declararle "tonto por cuenta propia", como hacía Goethe. No ha existido jamás un literato sin padre. Pero imitando lo que debe imitarse, por aquella especie de *declinación* de que antes hablé, cuando el artista está bien dotado, al fin se desvía un tanto del maestro, afirma su ser, y las obras que brotan de su pluma ostentan legítima originalidad. Que hay hombres de ingenio en América, no sólo por la teoría expuesta, sino por una feliz experiencia, puedo afirmarlo. Amables e inspirados compañeros me envían a diario al través del Atlántico libros que lo pregonan. Entre ellos los he leído de relevante mérito, que acusan en sus autores facultades sobresalientes. No hace falta más que estas facultades se afirmen ejercitándose en la pintura sincera de lo que la realidad les ofrece. En la América latina se piensa, se ama, se odia, se ríe y se llora como en todas partes; pero forzosamente las costumbres, el clima, las relaciones sociales han de introducir en las pasiones un leve matiz que las caracterice. Este matiz es el que espero anhelante. Venga la realidad sinceramente vista, vengan novelas sinceramente pensadas y escritas. Y sobre todo, repito, nada de modas literarias. Dejemos eso para las faldas y las mangas de los trajes femeninos.

A. PALACIO VALDÉS.
(*Revista de la Unión Ibero-Americana*, 1-III-1906)